

¡Práctica! (10/13)

Dr. Justo L. González



El Discípulo
Santiago 1.19-27
9 de agosto de 2019

¡Práctica! (10 de 13)

Texto bíblico: Santiago 1.19-27

Introducción:

La semana pasada comenzamos nuestro estudio de la sabiduría en la Epístola de Santiago. Vimos que se trata de un libro de sabiduría, en cierto modo muy semejante a Proverbios. En él, como en Proverbios, se recomienda una sabiduría que viene de Dios, y que no se limita al conocimiento, sino que tiene que ver sobre todo con la vida misma y los caminos que en ella tomamos. Siguiendo la enseñanza de Santiago, le pedimos a Dios sabiduría, y nos comprometimos a seguirla.

Hoy vamos a ver que ese seguir el camino de la sabiduría tiene diversas dimensiones. Algunas de ellas—las que Santiago más recalca—no consisten en las cosas que comúnmente se consideran «religiosas», sino más bien con la vida cotidiana en medio de la sociedad. Decimos «vida cotidiana» porque rara vez el ser odores de la Palabra se manifiesta en una gran acción de obediencia o de testimonio. Lo más común es que se manifieste en el diario vivir, en las rutinas que establecemos, en el modo en que nos relacionamos entre nosotros y nosotras.

Hoy vamos a ver dos ejemplos respecto a esa vida cotidiana como hacedores de la Palabra. El primero tiene que ver con el uso de nuestras palabras y el modo en que expresan y provocan ira

y venganza. Puesto que este tema reaparecerá en la lección de la semana próxima, dejaremos algunos elementos del mismo para entonces.

El segundo tema es el modo en que nos relacionamos con las personas necesitadas a nuestro alrededor. Como veremos, según Santiago la verdadera religión se mide en términos de esas relaciones.

Hacia el fin de la clase, tendremos ocasión de meditar y discutir sobre lo que todo esto significa en términos concretos para los creyentes hoy y en nuestra situación.

Vocabulario bíblico:

LA PERFECTA LEY, LA DE LA LIBERTAD: Esta frase es importante para entender toda la epístola.

Frecuentemente se piensa que Santiago se opone a la teología paulina de la gracia de Dios, a la que opone una actitud legalista y moralizante. Pero este modo de entender la ley de Dios como ley de libertad es también típicamente paulino. El propósito de la ley no es colocar más y más obligaciones sobre nuestros hombros, sino al contrario, guiarnos de tal modo que aprendamos a servir a Dios sin que sea esa carga pesada y molesta. Según Santiago, ser verdaderos oidores de la Palabra de Dios se manifiesta en esta perfecta ley de libertad. Luego, todo lo demás que veremos en el resto de la epístola ha de leerse, no como un legalismo exigente, sino como muestras del camino que nos llevará a la perfecta ley, es decir, a la libertad plena.

Recomendaciones educativas:

Objetivos

1. Empezar a discutir sobre el poder de las palabras. (Tema que nos ocupará en la próxima lección.)
2. Entender la diferencia entre ser oidores de la Palabra y ser hacedores de ella
3. Aclarar lo que es la verdadera religión según Santiago.
4. Invitar a la clase a considerar nuestras responsabilidades como creyentes para con los menos afortunados.

Inicio

1. Empiece la clase recordando, en muy pocas palabras, el curso del estudio que hemos seguido este trimestre: Primero, la sabiduría en Proverbios. Luego, la sabiduría de Jesús en los Evangelios. Y ahora, la sabiduría en Santiago.
2. Explique, también en muy pocas palabras, por qué la Epístola de Santiago es un libro de sabiduría.
3. Recuérdele a la clase que la semana pasada hablamos de pedirle a Dios sabiduría, y que vimos que al hacerlo nos estábamos comprometiendo a seguirla. Hoy veremos que esto tiene consecuencias concretas en nuestra vida.
4. Para despertar la curiosidad, declare que posiblemente al terminar la clase veremos que la verdadera religión no era lo que pensábamos antes.

Desarrollo

1. Lea o invite a alguien a leer el pasaje bíblico en voz alta, mientras los demás lo siguen en

el texto impreso. (Leerlo de versículo en versículo, un versículo cada persona, muchas veces nos impide percibir el flujo del pensamiento o del argumento.)

2. Pregunte cuáles son los temas sobresalientes en el pasaje. Anótelos en una pizarra o papelón. De una manera u otra, esos temas incluirán, entre otros:
 - a. La necesidad de medir las palabras
 - b. El ser hacedores, y no meramente oidores, de la Palabra
 - c. El estudiar atentamente la ley de Dios
 - d. Visitar a los huérfanos y las viudas
 - e. Posiblemente también el de la ley de libertad y lo que pueda significar
3. Pregunte, de todo el pasaje, qué fue lo que más les sorprendió
 - a. ¿La perfecta ley de libertad?
 - b. ¿El carácter de la verdadera religión?
 - c. ¿Otra cosa?
4. Explique por qué Santiago menciona específicamente a los huérfanos y las viudas.
(Porque se contaban entre las personas más desamparadas en aquella sociedad.)
5. Dedique el resto del tiempo a discutir sobre la verdadera religión. Si nos pidieran que dijéramos en qué consiste la verdadera religión, ¿Qué diríamos? ¿Diríamos algo semejante a lo que dice Santiago? ¿Hablaríamos más bien de doctrinas? ¿Hablaríamos de prácticas de adoración?
6. Discuta: En nuestra situación hoy, ¿quiénes son esas viudas y esos huérfanos de quienes debemos ocuparnos?

Cierre

Recuérdale a la clase que no debemos ser como el ejemplo de Santiago de quien se ve en un espejo y luego lo olvida. La Palabra que estudiamos no es una imagen falsa y pasajera, como la que aparece en un espejo. Es la realidad misma. Luego, durante esta semana no olvidemos lo que hemos discutido y decidido.

Análisis de la Escritura:

v. 1.19: La referencia a «mis amados hermanos» es típica del estilo de Santiago, quien al empezar cada nueva sección en la epístola se dirige a sus lectores llamándoles «hermanos». Véase por ejemplo 2.1, 14; 3.1; 4.11, 7, 9, 19. Como vimos en la lección anterior, la palabra «hermanos» no quiere decir que se esté dirigiendo únicamente a los varones, pues en griego, como en español, era costumbre común referirse a todos los hermanos y hermanas de uno como «mis hermanos» —y a todos los hijos, varones y mujeres, como «mis hijos». En cuanto a lo que Santiago quiere decir en este mismo versículo, y en otros lugares, al referirse a «todo hombre», los intérpretes no concuerdan. La palabra que emplea, *ánthropos*, sencillamente significa ser humano, y por tanto puede referirse a todo hermano o hermana. Pero por otra parte se ha señalado que todos los ejemplos de ocupaciones que aparecen en esta epístola tiene que ver con actividades tradicionalmente masculinas. Quizá lo mejor sea decir que Santiago incluye en sus amonestaciones tanto a mujeres como a varones, pero que su experiencia masculina le lleva a tomar ejemplos de esa experiencia.

La recomendación de ser pronto para oír, pero tardo para hablar y para airarse, introduce una preocupación que aparecerá en toda la epístola, pero particularmente en las lecciones de hoy y de la semana próxima. Esa preocupación es el poder de la palabra, tanto para bien como para mal. El sentido de lo que dice aquí está claro: las palabras impensadas frecuentemente expresan ira y llevan a conflictos que bien pudieron evitarse mediante el silencio.

v. 1.20: Esto es una referencia a lo que se hace por ira, o por venganza. El ser tardo para airarse, como se recomienda en el versículo anterior, bien puede ayudar a acciones que, aunque de momento le parezcan justas a la persona airada, no lo son, y por tanto no sirven a la justicia de Dios.

v. 1.21: Este tipo de amonestación general es característica de la literatura sapiencial—es decir, literatura de sabiduría—y es por eso que bien puede decirse que la Epístola de Santiago es la heredera y expresión cristiana de la antigua literatura de sabiduría de Israel.

La referencia a «la palabra implantada» ha sido objeto de debate entre los estudiosos. Algunos ven en ella la influencia del pensamiento helenista, en el cual se hablaba de una sabiduría innata en la persona. Otros sugieren que Santiago se está refiriendo a lo que se les enseñó en preparación para el bautismo. Tan pronto como la fe cristiana empezó a abrirse paso entre los gentiles, fue necesario empezar por enseñarles los elementos de la fe que los judíos ya sabían —que hay un solo Dios, que hay ciertos principios morales que ese Dios requiere, etc. Por tanto,

esta «palabra implantada» que puede salvar las almas de los lectores probablemente sea lo que se les enseñó en preparación para su bautismo. O puede ser sencillamente la predicación o exposición de la Palabra en el culto de la iglesia.

v. 1.22: El tema de la «palabra», que apareció ya en el versículo anterior (y antes en 1.16-18, donde el autor se refiere a cómo el «Padre de las luces ... nos hizo nacer por la palabra de verdad») será central en toda la epístola. Unas veces se refiere a la palabra de Dios, y otras a las palabras humanas—tanto buenas como malas. Sobre esto volveremos en la próxima lección. En todo caso, Santiago advierte contra la posibilidad de pensar que con oír la palabra de Dios basta, cuando en realidad es necesario ponerla por obra.

vv. 1.23-24: Aquí se usa el ejemplo de quien se ve en un espejo y luego se olvida de cómo es. Algunos han sugerido que no esto tiene poco sentido, pues nadie se olvida de lo que ve en el espejo. Pero otros responden que en ese tiempo los espejos no eran sino pedazos de metal pulido, y que por tanto la imagen que reflejaban no resultaba clara. Quizá sea mejor pensar que lo que la epístola quiere decir es que, de igual modo que la imagen en un espejo, con todo y parecer real, no lo es, como se comprueba cuando nos apartamos del espejo, así también el escuchar la palabra, con todo y parecer un verdadero acto de sabiduría, no lo es si luego la dejamos a un lado como se deja un espejo.

v. 1.25: Esto es la contraparte de quien se mira en un espejo y luego se aparta de él. Tal persona «presta atención» a la ley y «persevera en ella». No es como quien se mira de momento en un espejo y luego se olvida de lo que vio. Tal persona no será un mero oidor olvidadizo, que escucha la predicación y al otro día la olvida, sino que será lo que antes (1.22) se dijo que debería ser: hacedor de la palabra.

v. 1.26: Aquí aparece el tema de la «lengua», que será central en nuestra próxima lección, y que naturalmente se relaciona con el tema de las palabras. En todo caso, quien no refrena su lengua—quien no hace lo que se recomienda en 1.19—se engaña a sí mismo y su fe es hueca.

v. 1.26: El tema de la «religión pura e incontaminada» nos llevaría a esperar que aquí Santiago va a hacer una larga lista de cosas o prácticas que contaminan al creyente. Pero en lugar de eso nos ofrece un solo ejemplo, y termina con las palabras bien generales de «guardarse sin mancha en el mundo». Y el ejemplo que da de momento parece tener poco que ver con lo que normalmente llamamos «religión». Ese ejemplo no es cuestión de cómo orar o adorar, ni tampoco de casos que no se debería hacer, ni de doctrinas fundamentales. Es más bien un ejemplo práctico que tiene que ver con cómo se es hacedor de la palabra. Ese ejemplo es «cuidar a los huérfanos y a las viudas en su aflicción». Nótese que no solamente se les va a ver, sino que también se cuida de ellos.

El cuidado de los huérfanos y las viudas—y frecuentemente también de los pobres y los extranjeros—es tema repetido en todo el Antiguo Testamento. En una sociedad en la que todo dependía de los varones y de su protección, los huérfanos y las viudas quedaban indefensos. Frecuentemente vivían en pobreza. Y cuando no, su falta de defensores llevaba a algunos a explotarles y abusar de ellos. Por eso el cuidado de estas personas era tan importante en la ley de Israel. Lo mismo era cierto en la iglesia primitiva, como vemos en Hechos 6. Ahora Santiago enfoca la atención sobre este punto como ejemplo de lo que es ser hacedor de la ley.

Esto es típico de esta epístola, en la que, al tiempo que no descuida la sana doctrina, el autor muestra especial interés en ver esa doctrina encarnada en prácticas de amor, misericordia y justicia. Ya vimos la semana pasada que el tema de los pobres y los ricos no le es ajeno. En vista de todo esto, el guardarse sin mancha del mundo no quiere decir no tener nada que ver con el resto del mundo, sino más bien no dejarse llevar por los valores del mundo.

Aplicación:

Como los libros de sabiduría en el Antiguo Testamento, la Epístola de Santiago se interesa no solamente en lo que se cree, sino también en lo que se vive sobre la base de esa fe. Por eso, en lugar de hablar en generalidades, prefiere mencionar formas concretas en las que se manifiesta lo que hasta aquí hemos estado llamando sabiduría, pero en términos de este pasaje viene a ser la Palabra de Dios —esa Palabra implantada por la enseñanza cristiana y por obra del Espíritu Santo. En la lección de la semana pasada, esto se manifestaba particularmente en lo que

Santiago decía acerca de la exaltación de los humildes y la humillación de los ricos y privilegiados. Aquí, al tiempo que da unas recomendaciones más generales y de carácter algo indefinido, como el desechar la inmundicia y la malicia, o el guardarse sin mancha, habla también de cuestiones muy concretas que son señales de que se es no solamente oidor de la Palabra, sino también oidor—de que no solo se escucha la predicación el domingo, sino que también se le sigue el lunes.

Estas cuestiones concretas son principalmente dos. La primera de ellas tiene que ver con las palabras airadas que pueden pronunciarse en un momento de molestia o exasperación. Lo que Santiago recomienda es tener cuidado al hablar—como decimos hoy, pensarlo dos veces. Hay quien sugiere, con razón, que antes de responder airadamente a lo que nos parece un insulto o una injusticia contemos hasta diez. Esto es un modo de refrenar la ira, de calmar los ánimos, y así evitar ofender a otros o «echarle más leña al fuego». Todos sabemos que con frecuencia una palabra airada puede provocar una respuesta más airada, y esta última provoca otra todavía más fuerte, a veces hasta llegar a la violencia. De esto leemos todos los días en los diarios. Hay un pequeño accidente automovilístico. Uno de los conductores le grita al otro. El otro contesta gritando con más fuerte. El uno responde con un insulto. El otro responde al insulto con alguna palabrota. Y al fin todo termina en violencia y en ocasiones hasta en muerte. En tal caso, todo hubiera sido muy diferente si uno de los dos hubiera decidido callar por un momento, calmar su ira, pensarlo mejor, y entonces hablar calmadamente.

Lo mismo sucede frecuentemente en la iglesia, aunque quizá no con consecuencias tan marcadas. Un hermano hace algo que no le gusta al otro. Ese otro protesta vehementemente. El primero declara que el segundo le ha insultado. El segundo dice que es él el insultado. Y la disensión continúa. A veces cada uno de los dos contendientes encuentra apoyo en otras personas. Surgen en la iglesia grupos antagónicos. En medio de eso todavía seguimos reuniéndonos para adorar a Dios y escuchar su Palabra. Pero todo lo que esa Palabra dice acerca del amor mutuo, acerca de perdonarnos unos a otros, nos entra por un oído y sale por otro. Es a eso a lo que Santiago se refiere cuando dice que hay olores de la Palabra que no son hacedores—personas que escuchan la Palabra con mucho detenimiento, como quien se mira al espejo para asegurarse que luce bien, pero tan pronto como termina el culto la olvidan y vuelven a sus odios y rencillas. Muchas veces ni siquiera recordamos el origen de nuestra disputa, pero todavía guardamos la ira resultante.

Según el versículo 26, es posible considerarse muy religioso y no refrenar la lengua. Pero en tal caso la religión de tal persona es vana. Sobre esto veremos más en la lección de la semana que viene, que trata precisamente sobre la lengua y las posibles consecuencias de su mal uso.

Pero por lo pronto es bueno que nos detengamos a considerar las posibles rencillas que haya entre nosotros—entre miembros de la clase o entre miembros de la iglesia. Posiblemente el mejor modo de hacer esto sea tomar unos minutos para pensar en silencio sobre alguien que nos «caiga mal», preguntarnos por qué, y tomar la decisión de buscar una reconciliación.

El segundo ejemplo concreto del modo en que Santiago se ocupa ante todo por las dimensiones prácticas de la vida cristiana es lo que dice sobre lo que es la verdadera religión (v. 27). Bien podemos hacer un experimento: Preguntémosles a personas en torno nuestro que no han leído este pasaje o no son parte de nuestra clase cuál es la verdadera religión y cómo se conoce. Algunos dirán que el cristianismo es la verdadera religión, y no el islam. Otros dirán que la verdadera religión consiste en asistir a la iglesia y dar el diezmo. Otros, que la verdadera religión es la de la iglesia que adora de un modo particular. En casos extremos, unos dirán que aquellos otros gritan demasiado, o que son demasiado «fríos», o que son calvinistas y por tanto herejes, o que son arminianos y por tanto herejes, o que no toman la Biblia literalmente, o que la toman demasiado literalmente, y así sucesivamente.

Pero cuando Santiago señala las características de la verdadera religión no lo hace sobre la base de su teología o doctrinas, ni sobre la base de su forma de culto, sino sobre la base de cómo se ocupa de los huérfanos y de las viudas—es decir, de los débiles y necesitados. Naturalmente, Santiago siente y enseña un profundo respeto hacia la Palabra de Dios y hacia las enseñanzas que se derivan de ella. Pero está convencido de que el modo en que tenemos que mostrar que somos verdaderamente hacedores de esa Palabra, y no meros oidores, es ocupándonos de los necesitados, de aquellas personas que, como las viudas y los huérfanos de tiempos de Santiago, ni tienen quien les sostenga, apoye o defienda.

Preguntémonos: En nuestra sociedad, las viudas y los huérfanos no son siempre personas abandonadas o desprovistas de sostén—aunque muchos sí se encuentran en triste soledad y necesidad, y en tal caso la amonestación de Santiago debe tomarse muy literalmente. ¿Quiénes son entonces, además de esas personas, el equivalente de «las viudas y los huérfanos» de tiempos de Santiago? ¿Serán los inmigrantes indocumentados? ¿Serán quienes lo han perdido todo en un huracán? ¿Será ese personaje maloliente que vive bajo el puente de la carretera? ¿Será el anciano que ha visto a todos sus parientes ir a otro país en busca de mejor vida y ahora se encuentra solo?

¿Quiénes fueron el equivalente de «las viudas y los huérfanos» en los tiempos inmediatamente después del huracán? ¿Cómo dimos muestra de ser hacedores de la Palabra, practicantes de la «verdadera religión»? ¿Qué aprendimos en medio de esas terribles condiciones? ¿Qué querrá decir todo eso para nuestra práctica hoy de la verdadera religión?

Resumen:

Santiago establece un contraste claro entre los oidores y los hacedores de la Palabra. Es necesario ser oidores; pero con eso no basta. La verdadera religión requiere que seamos también hacedores.

Pero ser hacedores no es solamente cumplir ciertas reglas, no cometer ciertos pecados, asistir a la iglesia y a esta clase, ni otras cosas semejantes. Ser hacedores involucra al menos dos cosas

que Santiago presenta como ejemplos: evitar rencillas y violencia no hablando airadamente, y visitar a las viudas y los huérfanos—a las personas solas y necesitadas. Aunque estos son solamente dos ejemplos, conviene que empecemos por ellos, y veamos hasta qué punto somos verdaderos hacedores de la Palabra si nos medimos sobre la base de esos dos ejemplos.

Si hay entre nosotros rencillas o malentendidos, si hay quienes no nos llevamos bien con otros, si guardamos rencores por cosas pasadas, si en nuestra iglesia hay grupos que no se relacionan con otros, no somos verdaderos hacedores de la Palabra.

Y de igual modo, si nos contentamos con venir a la iglesia y no nos ocupamos de los necesitados, no pasamos de ser meros oidores de la Palabra. Y ocuparse no es solamente pensar en ellos, o dar dinero para que se les ayude. Todo eso es importante. Pero Santiago habla de una relación más estrecha: visitarles—es decir, relacionarnos con ellos para comprender y compartir sus angustias y dolores, y para responder a ellos.

Oración:

Señor, la semana pasada te pedimos que nos dieras sabiduría, y que nos ayudaras a seguirla. Ahora vemos que parte de esa sabiduría tiene que ver con nuestras relaciones mutuas y con nuestras relaciones con los necesitados. Cuando te pedimos sabiduría, nos comprometimos a seguirla. Danos ahora la fuerza y la visión para resolver nuestras diferencias y para responder a las necesidades de los demás. Por Jesucristo, nuestro Señor, la Palabra hecha carne. Amén.

Lecturas devocionales para la próxima semana:

Lunes: Génesis 22.9-19

Martes: Josué 2.1-7

Miércoles: Mateo 18.23-35

Jueves: Tito 3.1-2, 8-11

Viernes: Deuteronomio 6.4-9

Sábado: Santiago 2.8-13

Domingo: Santiago 2.14-25

